

católicos mexicanos, que hubieran de ver a su Religión humillada por sus malos compatriotas y a su Patria a punto de ser vendida por los mismos.

Levantóse entonces, muy en alto, una bandera en que resplandecían los nombres de Dios y Patria, y la juventud de México que no busca nunca más que luz y luz, se irguió para empaparse en sus fulgores, y bañándose en ellos viene desde que, al llamado de unos humildes estudiantes se empezó a agrupar, ansiosa por conquistar almas para la gloria de Cristo y gloria para el nombre de México.

En junio de 1911, La Liga Nacional de Estudiantes Católicos se empezó a organizar, y a pesar de la falta de recursos, a pesar de la época tan difícil en que nació, se ha desarrollado, extendiéndose actualmente por casi todas las principales ciudades de la República, y contando ya por millares sus asociados.

No haremos su historia, pues se nos obliga a ser breves en estas líneas.



El centro social de estudio

las cuales, por otra parte, habrán de ser dedicadas especialmente al Centro de la Ciudad de México. Sólo diremos que esa historia de una agrupación adolescente y por adolescentes formada, es la historia de todos los jóvenes, más concretamente, la historia de un estudiante: amores, patriotas, ilusiones, anhelos, trabajos, penas; nada más que en la historia de la Liga hay algo que no siempre lo cuentan los padres-estudiantes: no ha habido trabajo infructuoso, no ha habido pena que no se traduzca en alegría y en sus pobreza ha encontrado ya almas caritativas que la ayudan, y en cuanto a sus ilusiones y sus anhelos, aquéllas son cada vez más risueñas y éstos cada vez más infinitos; en cuanto a su amor, como éste está puesto en Dios, no es fácil que salga desairado y si por el contrario, parece que Dios derrama sus bendiciones a cambio de ese amor, y por eso la Liga adelanta y recibe premios tan hermosos como el de la unión que con ella han hecho las Congregaciones